

Teoría y práctica del movimiento revolucionario

La mitificación del trabajo y del desarrollo de las fuerzas productivas en la ideología del movimiento obrero

Las innovaciones introducidas por la «revolución industrial» contribuyeron a sostener la creencia de que la técnica ofrecía posibilidades sin límite al desarrollo de la producción. Sólo hacía falta un marco social adecuado que permitiera desarrollar esas potencialidades. La consecución de un comunismo de la abundancia que liberara al hombre de la penuria material y el trabajo alienante impuestos por el capitalismo aparecía como meta del proceso revolucionario. Pero esta meta no podía aparecer en el siglo XIX más que como una imagen borrosa de un horizonte muy lejano, pues dado el escaso desarrollo de las fuerzas productivas, cualquier reparto igualitario de la riqueza conduciría a un comunismo de la pobreza y no de la abundancia. Es en la forma de gestionar este comunismo de la pobreza donde difieren la corriente marxista y la anarquista. Para Marx esta tarea gestora debería corresponder al Estado proletario. Pero a medida que las fuerzas productivas se desarrollaran y se asentaran las bases para un comunismo de la abundancia, el Estado como instrumento de poder que se sitúa por encima de la sociedad estaría llamado a desaparecer. Sin embargo, la corriente anarquista confiaba en que los impulsos naturales del hombre conducirían a la asociación espontánea y libre de los individuos, permitiendo así la destrucción inmediata del Estado, cuyo papel como instrumento de opresión era de todos reconocido. La elaboración por Kropotkin, a partir del análisis de la evolución de las sociedades humanas y animales, del concepto de ayuda mutua reforzó la idea —que Bakunin basaba más bien en la costumbre— de que los instintos sociales del hombre permitirían organizar libremente la sociedad comunista tras la destrucción del Estado.

Pero la impotencia del papel mediador del Estado en la administración de la producción, o de la gestión autónoma de los trabajadores, para conjurar el espectro de la penuria material —que constituía un obstáculo insalvable en el avance del hombre por el camino de la libertad— desarrolló en el seno del pensamiento revolucionario toda una mística en torno al trabajo y al desarrollo de las fuerzas productivas. La exaltación puritana del trabajo —sobre todo en sus modalidades más penosas— y la santificación de posturas ascéticas en lo referente al consumo, aparecieron como una constante del movimiento socialista en sus vertientes marxista y libertaria. Por otra parte, la inseguridad en el empleo

—y en el salario— que caracteriza al capitalismo, hizo que los trabajadores consideraran al trabajo como un bien en sí mismo y que el socialismo reaccionara en consecuencia, ofreciendo trabajo para todo el mundo y estabilidad en el empleo. Este canto al trabajo productivo, y casi siempre penoso, alcanzó su dimensión más alienante con el «stajanovismo» de la época estalinista y fué acompañado de una representación idealizada de la figura del proletario que tan hábilmente ha sido utilizada por las burocracias de los partidos comunistas para reforzar su autoridad al presentarse en todo momento como representantes y portavoces de ese proletariado mítico.

Afortunadamente hoy la tecnología existente en los países capitalistas más desarrollados permitiría satisfacer ampliamente las necesidades de la humanidad con un tiempo de trabajo muy inferior al que actualmente exige el sistema capitalista en su carrera sin fin hacia el aumento de la producción de mercancías como medio para ampliar sus beneficios. Por otra parte, la automatización permite eliminar muchos de los trabajos más penosos. En esta situación, cualquier paso hacia una nueva sociedad no puede ir presidido por una exaltación del trabajo que resulta cada vez más anacrónica, sino que debe denunciar la forma socialmente ineficiente en que el capitalismo emplea la fuerza de trabajo de que dispone, para señalar la posibilidad real de reducir el tiempo de trabajo —sobre todo en aquellas modalidades más penosas— al mínimo que permita la satisfacción de una serie de necesidades que se consideren socialmente prioritarias. Así se llegaría a una nueva sociedad en la que el consumo no estaría limitado por imperativos materiales que impidan su ampliación, sino por opciones conscientes que muestren como más deseable prescindir de aquellas producciones de utilidad más dudosa para reducir el tiempo de trabajo y ampliar, en contrapartida, el tiempo que los individuos puedan dedicar a otras actividades que contribuyan más al desarrollo de su personalidad. No se trata ya de ensalzar ciertos valores ascéticos para asumir una penuria impuesta : la libre decisión de limitar ciertos consumos en beneficio del «no trabajo» denotaría por sí misma que se había producido ya el paso a una civilización de la abundancia en la que la producción dejaría de ser el objetivo supremo y en la que la característica definitoria del hombre no sería la de constituir fuerza de trabajo. Pues sólo ampliando la esfera de la «no producción», del «no consumo» y del «no trabajo» puede desterrarse la sensación de «escasez» que la ampliación sin límite de la producción y el consumo de mercancías será incapaz de eliminar en tanto que la producción —y el consumo— sigan constituyendo en la sociedad la instancia dominante.

La exaltación del trabajo a la que acabamos de referirnos se encuentra en una relación muy estrecha con la idealización del desarrollo de las fuerzas productivas que es otra constante del pensamiento socialista —especialmente en su rama marxista— que a nuestro juicio ha rendido un flaco

servicio a la causa revolucionaria. La identificación del progreso y el bienestar social con el desarrollo de la producción de mercancías es una de las construcciones de la ideología burguesa del siglo XVIII. El desarrollo de las fuerzas productivas aparecía así como un proceso único e independiente de los sistemas sociales. Estos podían intervenir en el momento de la distribución y acelerar o frenar este desarrollo pero no modificarlo sustancialmente. En tales condiciones, el desarrollo de las fuerzas productivas que había tenido lugar en los países capitalistas más desarrollados podía ejemplificar ese proceso único por el que, con escasas variantes en la tecnología y en la organización de la producción, tendrían que continuar los demás países en su marcha hacia el progreso. Aquí nos adentramos en un punto en el que, a nuestro modo de ver, el marxismo quedó atrapado dentro del campo de la ideología burguesa.

Marx constituye, sin duda, el pensador del movimiento obrero que ha construido una interpretación teórica más completa de la evolución de los sistemas sociales en la historia. Esta teoría ha permanecido prácticamente invariable desde su formulación por Marx. Sólo en relación con el sistema capitalista cabe añadir, como un apéndice de la misma, la teoría del imperialismo de Lenin y las elaboraciones de otros pensadores como Hilferding y Rosa Luxemburgo.

Ya transcurrido el centenario de *El Capital* parece cada vez más necesario hacer un balance de las virtudes y las flaquezas de estos planteamientos. En primer lugar, cabe observar que la posición crítica de Marx frente a la pretensión de la economía política de dar una validez universal a ciertas categorías de análisis que en realidad sólo eran específicas del modo de producción capitalista, se vuelven hoy en contra del giro tomado por la «doctrina marxista» —y más concretamente del llamado «materialismo histórico»— que parte de las mismas categorías de análisis para acometer el estudio de la evolución histórica de cualquier tipo de sociedad.

Para Marx, la contradicción fundamental que empuja de forma inevitable al cambio revolucionario es siempre la que se da —cuando el sistema alcanza cierto grado de madurez— entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción vigentes en el mismo. Esta metodología se ha revelado muy operativa para explicar el paso del feudalismo al capitalismo, para lo cual ha sido comúnmente utilizada por los historiadores. Pero su aplicación al estudio de la evolución histórica de otras sociedades precapitalistas ofrece resultados bastante más dudosos. Las dificultades para aplicar el concepto mismo de relaciones de producción cuando éstas se confunden en las sociedades primitivas con relaciones familiares, religiosas o políticas, no son sino el resultado de la inadaptación de este tipo de sociedades a unas categorías de análisis y esquemas de razonamiento nacidos para aplicar en otro contexto muy diferente. Asimismo, el capitalismo ofrece nuevas dimensiones que

encuentran difícil explicación dentro de estos esquemas. La evolución seguida por el sistema capitalista durante el último siglo hace dudar que la crisis de ruptura de este sistema vaya a responder —como supone el «materialismo histórico»— al mismo esquema teórico de base que permitió explicar el paso del feudalismo al capitalismo.

El hecho de que los movimientos revolucionarios triunfaran precisamente en los países capitalistas más atrasados y no —como preveían los análisis de Marx— en los países en los que este sistema había alcanzado un mayor desarrollo, constituye un primer elemento de duda. La afirmación leninista de que la cadena capitalista tenía que saltar por el «eslabón más débil» y que éste era el de la Rusia zarista constituye una justificación de los hechos que no aclara nada sobre el valor explicativo de los esquemas avanzados por Marx. ¿Por qué en las revoluciones que se fueron produciendo a lo largo del presente siglo, los «eslabones débiles» se han seguido colocando en los países en los que el capitalismo estaba menos desarrollado? En estos países las fuerzas que empujaron a la revolución eran muy distintas de las que se dan en los países capitalistas más avanzados. En aquéllos, el desarrollo capitalista se encontraba frenado por su dependencia exterior y/o por la supervivencia de ciertos vestigios precapitalistas, lo que contribuía a crear una situación de inestabilidad sin que fuera su propia «envoltura capitalista» la que frenaba el desarrollo de las fuerzas productivas. El nacionalismo y la cuestión agraria constituyeron dos palancas básicas de la movilización revolucionaria que podían ser asimilables por el capitalismo, mientras que las contradicciones específicas de este sistema jugaban un papel más limitado. La dicotomía entre las tareas de la revolución burguesa y de la revolución socialista se ha mantenido a lo largo del proceso revolucionario de estos países. Y el conjugar el sentido burgués y socialista de la revolución, con vistas a obtener en las primeras etapas del proceso el apoyo de una parte de la burguesía y de los «campesinos medios y ricos», ha constituido el conflicto fáustico en el que se ha debatido en estos casos el «bloque revolucionario».

Todo esto planteaba una situación propicia para que, después de la toma del poder, la ideología burguesa y las formas de producción y de organización del Estado capitalista se introdujeran de nuevo bajo ropajes distintos dentro del nuevo Estado y desvirtuaran su carácter pretendidamente socialista, como ha ocurrido en la Unión Soviética y en otros países de su esfera de influencia. ¿Es que en estos países no estaban todavía «maduras» las condiciones para que se diera la transformación socialista? A nuestro juicio, esta «inmadurez» procedía no tanto de una imposibilidad material para acometer este cambio, como de una falta de conciencia de los principios que debían inspirar a la nueva sociedad que hacía que después de la toma del poder se trazaran unos objetivos que en el fondo venían marcados por la ideología burguesa.

Volviendo los ojos hacia los países capitalistas más industrializados en

los que según la interpretación marxista se darían unas condiciones más favorables para la transformación socialista, los límites al sistema vendrían impuestos —al igual que en el caso del feudalismo— porque el desarrollo de las fuerzas productivas entraría en contradicción con las relaciones de producción, produciendo el derrumbe del sistema y el advenimiento del socialismo. Pero esta contradicción no se ha manifestado en los países capitalistas más avanzados con la fuerza que hacía suponer este planteamiento, con lo que la transformación socialista no se ha producido con el mismo grado de automatismo con que se dio el paso del feudalismo al capitalismo. La evolución del propio sistema ha conseguido evitar la violencia creciente de las crisis periódicas y el decrecimiento de la tasa de ganancia que, según Marx, constituirían las dos manifestaciones fundamentales de dicha contradicción. Y cuando por primera vez en la historia del capitalismo se entrevé una caída duradera de la tasa de ganancia, ésta se produce por una vía que no estaba prevista por la «doctrina marxista»: la vía de la revalorización de las materias primas, originada, en última instancia, por el problema del agotamiento de los recursos naturales. Pero este nuevo elemento contribuirá a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas tanto en los países capitalistas como en el llamado «bloque socialista», lo que no ofrece a este último ninguna ventaja comparativa adicional respecto a aquél en la carrera del desarrollo de la producción. Igualmente ocurre con todo lo relacionado con la degradación de la naturaleza y de la «calidad de vida» que origina este desarrollo.

Sin embargo, a la vez que ni el «socialismo» ni la «planificación central» muestran en los países más industrializados una ventaja clara respecto al capitalismo en la carrera del desarrollo, éste es el blanco de críticas cada vez más violentas. Pues el desarrollo económico, tal y como tiene lugar actualmente en estos países, acarrea consecuencias negativas cada vez más acuciantes que alcanzan desde el agotamiento progresivo de recursos naturales no renovables y la ruptura de equilibrios ecológicos que ponen en peligro la supervivencia misma de la especie humana, hasta la configuración de una sociedad en la que el individuo aparece cada vez más sometido a las exigencias de este desarrollo ciego de la producción, impidiendo el pleno desarrollo de sus capacidades. Todo esto pone en evidencia el carácter ideológico del concepto mismo de producción —que resalta exclusivamente el carácter positivo de la actividad productiva escondiendo lo que ésta tiene de destructiva y alienante— sobre el que se han construido la «economía política» y el «materialismo histórico».

A pesar de la evidencia de estos problemas —que echan por tierra la posición ingenuamente optimista de la ideología burguesa del siglo XVIII y, de rechazo, del marxismo frente al desarrollo de las fuerzas productivas— los marxistas ortodoxos continúan erigiéndose en defensores a ultranza del desarrollo. Resulta paradójico a este respecto encon-

trar, en la polémica que suscitó la Carta de Mansholt, a partidos comunistas y organizaciones patronales que con argumentos análogos insisten en quitar importancia a los problemas suscitados más arriba y en hacer un panegírico del crecimiento. Apunta también en este sentido el mimetismo que han demostrado la Unión Soviética y los otros países del este europeo al conservar el mismo modelo de desarrollo que los países capitalistas con sus formas de trabajo embrutecedor, sus poluciones, sus enormes concentraciones urbanas... En realidad, todo esto resulta de que todavía sigue dominando al movimiento obrero la idea enraizada en la ideología burguesa del siglo XVIII de que sólo existe una vía única de desarrollo de las fuerzas productivas, que es la que han seguido los países capitalistas. Desmitificar esta idea constituye un paso obligado en el camino hacia la sociedad poscapitalista.

Los países capitalistas más industrializados constituyen el medio más propicio para realizar la crítica de la vía de desarrollo económico por ellos ejemplificada. La población de estos países ya no se deslumbra fácilmente por el desarrollo industrial pues sabe lo que éste puede dar de sí y descubre la falsa identidad entre progreso y desarrollo de las fuerzas productivas, observando que este último es sinónimo de desarrollo de las fuerzas destructivas y contribuye a deteriorar sus condiciones de vida. Pero el sistema, lo mismo que trata de reducir la influencia de los factores de inestabilidad que contiene, palía también estos problemas estableciendo controles sobre la actividad productiva y ofreciendo la senda integradora de la llamada «sociedad de consumo».

Este camino integrador ha podido abrirse en estos países por la explotación a que han sometido al «tercer mundo», ya sea por su intervención directa o, indirectamente, a través del funcionamiento del mercado mundial o del sistema monetario internacional, fenómenos todos éstos que se incluyen bajo la denominación global de imperialismo. Ciertamente, la historia del capitalismo no podría explicarse sin tener en cuenta la contribución del entorno no capitalista al proceso de acumulación y la explotación cada vez mayor de los recursos naturales no renovables de los países del «tercer mundo» tendente a evitar su revalorización en el mercado mundial. En los últimos tiempos se está modificando la política de localización industrial del imperialismo. La idea de industrialización exclusiva de las metrópolis va cediendo terreno a la de que, con la participación de empresas multinacionales, se coloquen en los países del «tercer mundo» las industrias de transformación de las materias primas que exportan —siderúrgicas, petroquímicas, etc.— que suelen ser las más poluentes. Con ello, los efectos negativos de la industrialización se sumarán en estos países —con más fuerza incluso que en las metrópolis capitalistas donde están más controlados— a las contradicciones propias del subdesarrollo. Los países más industrializados continúan intentando trasladar las contradicciones que se producen en su seno sobre los países del «tercer mundo», acentuando así las

contradicciones propias de esos países y ampliando el potencial revolucionario en ellos existente.

Los «eslabones débiles» de la cadena capitalista se pueden seguir colocando en aquellos países en los que este sistema está menos desarrollado. Pero el contexto ha cambiado lo suficiente como para que el modelo de «construcción del socialismo» trazado por la Unión Soviética sea cada vez menos reproducible. Hoy se sabe que es materialmente imposible que todos los países del globo se desarrollen por el mismo patrón que los países industriales de hoy. Y que existen otras alternativas de crecimiento frente a esta vía basada en una centralización del poder y de las decisiones políticas, en la exacerbación del consumo de mercancías y la creación de gigantescas concentraciones urbanas, que entraña enormes costes sociales y orienta el desarrollo tecnológico hacia la destrucción de la naturaleza y el hombre. Hoy la China popular se encuentra a la cabeza en la puesta en práctica de una nueva vía de desarrollo, colectiva e igualitaria, basada en una organización de la producción muy descentralizada que exige, por una parte, soluciones tecnológicas distintas a las adoptadas en los países capitalistas, por otra, una gran descentralización en los asentamientos de población y en la organización económica y política. Este tipo de sociedad conduce quizá a un desarrollo más lento del Producto nacional, pero orienta mejor la producción a aquellas necesidades más prioritarias y evita muchas de las necesidades superfluas y de los costes sociales y despilfarros que impone la otra vía de desarrollo industrial. El que los representantes de la China popular hayan participado por primera vez de lleno en los trabajos de las Naciones Unidas con motivo del Congreso de Estocolmo sobre el medio ambiente, muestra hasta qué punto son conscientes de la importancia de estos problemas. Pues la superioridad del nuevo modo de producción poscapitalista no puede medirse sólo con los baremos construidos por el propio capitalismo, como es el del Producto nacional, sino que debe tenerse en cuenta, además de su contribución real —y no hipotética— a la satisfacción de ciertas necesidades a través de la producción material, la importancia de las servidumbres y de las consecuencias no deseadas que esta producción material impone sobre los individuos y sobre las riquezas naturales con que cuentan, pues es en esta última faceta en la que el balance que ofrece el modelo de desarrollo impuesto por el capitalismo se hace cada vez menos deseable.

La situación de los países más industrializados también se ha visto conmocionada por algunos hechos recientes. Hasta ahora el desarrollo de las fuerzas productivas había permitido ampliar la explotación —o la expoliación— de los recursos no renovables del «tercer mundo» sin que la creciente demanda de los países industrializados entrañara un encarecimiento relativo de los mismos. Pero en la década del 70 el desarrollo de la técnica en la obtención de estos recursos no ha permitido conjurar el espectro de su agotamiento que, unido a la mayor toma de conciencia

de la situación por los países exportadores, ha provocado en el mercado mundial un brusco emporamiento de la relación de intercambio para los países industrializados que anuncia una posición futura más favorable para los exportadores de materias primas y de petróleo.

Esta nueva situación contribuirá a deprimir la tasa de ganancia en los países capitalistas más desarrollados y, con ello, el ritmo de crecimiento y las posibilidades integradoras del sistema. Ciertamente, las limitaciones en el consumo de energía y de materias primas suponen una prueba difícil para un capitalismo acostumbrado al despilfarro en su carrera desenfrenada para ensanchar la producción de mercancías. La brusca aparición de estas limitaciones, a la vez que se agudiza el problema de la escasez mundial de alimentos, constituye un terreno favorable para que se destierre para siempre el mito impuesto por la ideología burguesa de que este aumento desenfrenado de la producción de mercancías permite alcanzar una idílica sociedad de la abundancia. Todo esto conducirá previsiblemente a exacerbar las contradicciones que se dan en los propios países industrializados, lo que facilitaría el camino de la revolución. El grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas en esos países contribuiría a facilitar también, en ciertos aspectos, el paso a la nueva sociedad pero, en otros, supone un lastre importante para acometer esta transformación. Las fuerzas productivas creadas bajo el capitalismo —si bien podrían asegurar sin gran esfuerzo la satisfacción de las necesidades básicas de la humanidad, facilitando así el camino del hombre hacia la libertad— constituyen también un lastre importante con vistas a la construcción de la nueva sociedad. Pues buena parte de la tecnología capitalista, además de exigir una organización jerárquica de la producción y una especialización y un trabajo embrutecedores, conlleva unas formas de vida y reproduce unos esquemas de consumo propios de la sociedad capitalista. Así, la construcción de la sociedad poscapitalista exige tener muy presente que no es posible acabar con el capitalismo si se aceptan indiscriminadamente la tecnología y la correspondiente organización productiva que impone este sistema.

En este sentido cabe apuntar que el desarrollo de las fuerzas productivas no es un proceso «neutro» que sigue el rumbo prefijado por un desarrollo tecnológico independiente de las relaciones de producción y de las instituciones vigentes en una sociedad, sino que existe un importante condicionamiento mutuo. Así, el sistema capitalista ha frenado el desarrollo tecnológico en ciertos campos para favorecerlo en otros más fácilmente explotables desde la óptica del beneficio privado y en los que el desarrollo de las fuerzas productivas ha contribuido a reproducir y a afianzar los condicionantes sociales que constituyen la base del sistema. Valgan como ejemplos la forma en que la producción capitalista resuelve el problema de la vivienda o del transporte, imponiendo soluciones individuales y discriminadas según niveles de renta, que resul-

tan enormemente costosas e ineficientes para la comunidad, pero que contribuyen a exacerbar el individualismo y a fomentar en los menos favorecidos el deseo ilusorio de paliar las desigualdades a través de la carrera del consumo.

Hoy existen elementos de juicio suficientes para saber que desde una perspectiva revolucionaria no se debe aceptar, ni negar, globalmente la tecnología propia del sistema capitalista. Ni atribuir, o negar, la etiqueta de progresivo a cualquier desarrollo de las fuerzas productivas que se produce bajo el capitalismo. Pues ello equivaldría a meter en un mismo saco a la amplísima gama de técnicas que han sido generadas por el mismo. Lo que interesa es descender al estudio de las exigencias e implicaciones que sobre la sociedad y sobre la naturaleza tienen las distintas tecnologías, para tratar separadamente aquellas que contribuyen a perpetuar la propia sociedad capitalista, con todas sus servidumbres e irracionalidades, de aquellas otras que podrían servir de base para construir una organización de la producción que permita al hombre satisfacer sus necesidades materiales sin verse sometido a los traumas y servidumbres que le impone el sistema capitalista.

Parece, pues, más oportuno profundizar en el análisis de los elementos que se incluyen en el concepto de fuerzas productivas y de sus implicaciones sociales, que seguir recitando con fe que el desarrollo de las fuerzas productivas, al verse frenado por su envoltura capitalista, la hará saltar en pedazos para permitir que un relevo socialista continúe la carrera con más vigor. Pues hoy vemos que no se trata de seguir la misma carrera sino de establecer un corte radical en la misma y plantear el juego sobre otras bases. Ya que, tal y como viene planteada por el sistema capitalista, esa carrera conduce a la destrucción de la naturaleza y del hombre.

En este artículo hemos planteado la conveniencia de sustituir algunas de las banderas que hasta ahora ha venido enarbolando el movimiento revolucionario en su lucha por una nueva sociedad. Evidentemente, estos problemas —al igual que otros relacionados con la lucha de clases y las contradicciones propias del modo de producción capitalista— exigirían un estudio mucho más amplio, evitando caer en dogmatismos que llevan a aceptar sin discusión las obras de ciertos pensadores del movimiento revolucionario y a desprestigiar, o ignorar, la existencia de otros muchos. Pues, por ejemplo, en algunos de los aspectos tratados anteriormente en relación con la nueva sociedad o con las formas de organización del movimiento revolucionario, pueden resultar más sugerentes ciertos escritos de William Morris, Piotr Kropotkin o Rosa Luxemburgo que los de Karl Marx, Mijail Bakunin o Vladimir I. Lenin.